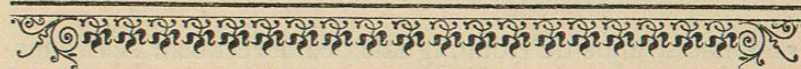


ciones. Así tiene que ser, por de pronto; pues el tiempo que reclaman las urgentes necesidades espirituales de los pueblos, no permite mayor extensión de los estudios, y los mismos elementos pecuniarios obligan á la brevedad de las carreras. Sin embargo, nos conformamos con que, el estudio de la filosofía en nuestros seminarios eclesiásticos, sea la enérgica voz de protesta en contra del error; el cariñoso llamamiento hacia la verdad.

La historia, la fuerza misma de las cosas que no puede substraerse á la influencia de las ideas, irá formando la crítica práctica de la moderna filosofía y haciendo el panegírico de la filosofía cristiana.



CAPÍTULO IV.

LOS COLEGIOS.

PARA dar idea más completa del movimiento filosófico de México, nos parece conveniente hacer algunas breves indicaciones acerca de los establecimientos científicos de la antes Nueva España; pues no hay que pasar por alto ninguno de los medios que favorecieron nuestro desarrollo intelectual.

Ya nuestras hermosas y vastísimas regiones fueron á sangre y fuego conquistadas por las armas españolas. ¿Cuál ha de ser el porvenir de México? Por una parte miramos la raza vencida, humillada por el desastre; por otra, los altivos dominadores rebotando juventud, orgullosos con el triunfo, quizá dispuestos á vengar la heroica resistencia de los aztecas; y en todo caso ansiosos de explotar el rico suelo ¿qué va á ser de los vencidos? ¿llevarán acaso por largo tiempo las pesadas cadenas de ominosa esclavitud? ¿Consumidos por el desprecio, por el rudo trabajo, por las enfermedades; desaparecerán del fértil y bellissimo país que les pertenece como á señores naturales?

No, porque la sublime religión católica, les tiende su mano protectora, abre sus amorosos brazos para recibirlos y estrecharlos como á hijos pequeñitos y tiernos que reclaman todo su cariño, solicitud y desvelos de madre: los declara

racionales, hijos de Adán, iguales en derechos á sus vencedores, hace oír su dulcísima voz, y entonces ya no las armas que esparcen la devastación y la muerte, sino España misma se traslada á México, para comunicarle su propia sangre, su propia vida; trasplanta su civilización; enseña su angelical idioma en aquellos tiempos en que llegó á su mayor belleza; estudia las lenguas indígenas para sacar de ellas mismas el arte de hablarlas; en fin, hizo que México fuera España y que estos pueblos se incorporasen al movimiento del mundo que progresa.

Fr. Pedro de Gante, el Illmo. Sr. D. Fr. Juan de Zumárraga y en general todos los primeros religiosos que vinieron á estos apartados reinos, no en busca de materiales riquezas ni en pos de sensuales placeres, que sus votos y severas reglas les vedaban; merecerán siempre el elogio de la historia imparcial, por el generoso, decidido y eficaz empeño que tomaron en instruir á los indios simultáneamente en la religión de Jesucristo, la cual venía á dar muerte al repugnante paganismo; á suavizar las costumbres aboliendo las prácticas inhumanas; en las ciencias en que por fortuna se encontraban en felices circunstancias para su adelanto; y en las artes, sin exceptuar las más humildes, dando así y sin pretenderlo, una tan excelente como concluyente prueba de lo que sabe inspirar nuestra santa religión cuando se la deja obrar con absoluta libertad y lo informa todo; y es finalmente un testimonio de que el catolicismo lejos de oponerse á la civilización, como han pretendido sus maliciosos enemigos, la fomenta, la corrige, la dirige, y armoniza el cultivo de las facultades humanas para conseguir más eficazmente la felicidad de los pueblos.

Los padres franciscanos gozan de la envidiable gloria de haber sido los primeros que en México, de un modo formal, se ocuparon en la instrucción de los indios. Llegaron los tres primeros religiosos en Agosto de 1523, y la misión en

forma, al cuidado del venerable Fr. Martín de Valencia, llegó en Mayo de 1524.¹ Trataron luego de levantar iglesia, edificar convento y fundar escuela, todo en lo que primero se llamó S. José de los naturales y luego el Convento grande de S. Francisco. Esta escuela allí establecida fué la primera y la que venía á satisfacer las más imperiosas necesidades. Aparece en ella una grande y simpática figura, Fr. Pedro de Gante, que consagra su celo, su salud y su tiempo todo á la enseñanza de la doctrina cristiana, de la lectura, escritura, canto y aun los oficios mecánicos.²

¡Ah! no es posible apreciar el mérito, ni medir la grandeza de esta obra, ni siquiera trasladándose por un esfuerzo de imaginación á aquellos tiempos que excitan nuestra curiosidad; porque hay, en efecto, muchas circunstancias que observar; pero hubo sin duda otras innumerables que de seguro se escapan á la más laboriosa indagación. La primera dificultad, por cierto no pequeña, debió ser la de no entenderse: la segunda, la desigualdad de cultura: la tercera, la aversión creada por la guerra, la desconfianza por la derrota: la cuarta, el ciego fanatismo, hijo natural de la superstición pagana: la quinta, la inmensa distancia que había que recorrer en todos sentidos para levantar á los indios hasta la altura de la civilización europea: la sexta, pero ¿adónde vamos á parar enumerando sólo dificultades?

Los buenos y halagadores resultados no se hicieron esperar por mucho tiempo: la asombrosa facilidad con que aprendían los niños indígenas cuanto se les enseñaba, revelaron desde luego las no vulgares aptitudes de su ingenio, y estimularon al Sr. Fuenleal, al Sr. Zumárraga y á las autoridades civiles á la fundación del Colegio de Sta. Cruz en Santiago Tlaltelolco, que se inauguró con la pompa po-

¹ Cronistas é historiadores, *passim*.

² Biogr. de Fr. Pedro de Gante en la obra Bibliogr. mexic. del siglo XVI.

sible en aquel tiempo de formación, el día 6 de Enero de 1536.¹

Daban los estudios un paso gigantesco. De los ramos meramente primarios se hacía el tránsito á la lengua latina, que durante algunos siglos ha sido considerada como indispensable para los estudios fundamentales, porque todos los conocimientos superiores la habían adoptado como propia lengua: aprender el latín, era lo mismo que abrirse las puertas del saber. Los romanos del nuevo mundo, como alguno ha llamado á los antiguos mexicanos, iban á hablar la bella lengua del pueblo heroico por excelencia; iban á familiarizarse con los autores clásicos tan apreciados en esa época del renacimiento de las letras; iban, finalmente, á proporcionarse el medio de aprovechar el gran tesoro de la erudición cristiana.

Espontáneamente se ocurre comparar aquellos pobres indios que por su aplicación llegaron á expresarse en latín como unos Cicerones, según afirman escritores contemporáneos, con nuestros actuales sabios que en medio de su ilustración apenas conocen el nombre del genio de la oratoria. Profundamente sentimos el punible abandono en que ahora se tiene á la lengua clásica. En los programas de estudios ó planes de enseñanza, figura el aprendizaje del latín, pero en la realidad se le da un lugar tan secundario, más aún, tan accesorio, que, siendo lengua difícil, no sólo no se aprende, sino que los alumnos la miran con cierto aborrecimiento.

Después del latín vino el estudio de la filosofía y en seguida se procuró la instrucción profunda en los santos misterios de nuestra fe católica.

Este célebre colegio de Sta. Cruz, atravesando por mil vicisitudes, pudo durar hasta fines de la pasada centuria.

¹ Vide P. Cavo. Los tres siglos de México, aliosque passim.

Por el mismo tiempo que el colegio de Sta. Cruz, tuvo principio el de S. Juan de Letrán, cuya fundación atribuyen algunos á Fr. Pedro de Gante, y otros al virrey Mendoza. En 1557 se le hizo escuela normal y duró hasta mediados del presente siglo bajo la acertada dirección del Dr. D. José María Iturralde.¹

Además de estos insignes colegios, establecieron otros, al paso que los franciscanos iban haciendo sus fundaciones de conventos ó centros de misiones.

Tras de los humildes y beneméritos frailes de S. Francisco vinieron los dominicos, más tarde los agustinos, y es natural que desde luego atendiesen al arreglo de sus estudios para que pudiesen hacer carrera los jóvenes que quisiesen seguir la vida religiosa. Lo mismo en todas partes que en la capital, al lado del convento invariablemente se levantaba una escuela. A este propósito recordamos que Fr. Jerónimo de Mendieta, describiendo las primitivas casas de los religiosos, dice: que todas guardaban la misma traza; la iglesia mirando al Poniente, las escuelas al Norte de la iglesia, etc.²

En 1553 se fundó la Universidad de México, que fué, durante tres siglos, el más grande, el más fecundo y el más respetable de los establecimientos científicos de toda la América.

Año tan feliz para las letras mexicanas fué el de 1572 como desgraciado fué el de 1767, aquél por la llegada de los padres jesuitas, éste por su bárbara expulsión. Enemigos poderosos han tenido siempre, supuesto que cuentan una multitud considerable de expulsiones de todos los países, y la extinción en tiempo del Papa Clemente XIV; pero en me-

¹ Nota de los EE. de la Hist. de la Comp. de J. en N. E. por el P. Alegre. — El Diccionario de Historia y Geografía, atribuye la fundación de este colegio á Fr. Pedro de Gante, y fija la fecha en 1529.

² Historia Eclesiástica Indiana.

dio de las terribles tempestades que los han combatido, se ve que el buen sentido, la honradez, la virtud, y sobre todo, el sincero amor á la ciencia, les hace justicia. A sus insinuaciones debió México el Colegio mayor de Sta. María de todos los Santos. Creación de los jesuitas fué el famoso Colegio de S. Pedro y S. Pablo, cuyas clases empezaron en 18 de Octubre de 1574, colegio que se incorporó, ó por decirlo mejor, se refundió en el de S. Ildefonso. Los mismos padres, en 1575, establecieron el Colegio de S. Gregorio para jóvenes indios: este colegio tuvo todavía no escasa importancia bajo la dirección de D. Juan Rodríguez Puebla. Los colegios que podemos llamar menores, de S. Bernardo y S. Miguel, se redujeron también al de S. Ildefonso, que recibió el título de Real Colegio, por haberlo tomado bajo su protección los reyes de España.

En fin, los estudios dirigidos por los jesuitas eran centros de sólido saber, y sus fincas eran monumentos de arquitectura convenientemente adaptados al objeto á que se destinaban. No se limitaron á vivir en la capital del Virreinato, se extendieron por muchas partes; regularmente se les llamaba con insistencia para fundar colegios, ó para dirigir los ya fundados, y siempre iban precedidos de la fama de excelentes maestros y prudentes directores. Pátzcuaro, primera capital del reino de Michoacán, la antigua Valladolid (hoy Morelia), Oaxaca, Puebla, Veracruz, Guadalajara, Zacatecas, Durango, Guanajuato, Tepotzotlán, etc., testigos son de los afanes de estos santos varones, honra purísima de la Iglesia, á quienes, los más ruines odios, la urdimbre de las más increíbles mentiras por parte de tan malvados como astutos ministros y la culpable condescendencia ó la necia credulidad de un monarca, arrojó de los dominios españoles en el año ya dicho de 1767.¹

¹ Para estas noticias de los colegios fundados por los jesuitas nos ha servido la lectura de la preciosa obra histórica del P. Alegre "Historia de la Comp., etc."

Los obispos por obligación tenían que mirar con preferencia el establecimiento de los seminarios, para cumplir así con lo prescrito por el concilio Tridentino. En todos estos colegios figuraban como parte esencial en los estudios, los cursos de artes, pues eran "conditio sine qua non" para ascender á los estudios profesionales.

